

## APORTACIÓN A LA MÍTICA HISTORIA DE ADÁN Y EVA (II)\*

POR Concepción Castillo

(Continuación)

### 1. Adán y Eva en la tierra

Ya en la tierra, Adán comienza un nuevo género de vida –más duro y más difícil–, cuyos rasgos principales hemos entresacado de los textos ya mencionados, y son los siguientes: transformación de su forma corporal, situación a su llegada, su nuevo arrepentimiento, el origen de la peregrinación, encuentro con Eva, manera de vestirse, trabajo en la tierra y, cómo no, también el «Ramadán» y cuantas cosas trajo consigo o le envió Dios desde el paraíso.

Cuando Adán baja del paraíso a la tierra sufre grandes transformaciones en su forma corporal, y así –señalan los textos–, como consecuencia última de la caída en el paraíso, su talla se ve reducida, sufrirá la pérdida de su cabello y estará sujeto a la calvicie, viendo nacer la barba en su rostro. No pudo ser más duro para Adán el contraste de esta transformación, pues su altura –antes de la caída– era tal, que, puestos sus pies sobre la tierra, la cabeza llegaba al cielo y de esta manera podía oír las alabanzas de los ángeles y también recibir más de cerca la intensidad del sol, que –después de la caída– provocaría la calvicie para él y sus descendientes. Su descomunal estatura motivó, de otro lado, el miedo de los ángeles, quienes pidieron a Dios que redujera su talla, lo cual se logra por mandato de Dios a Gabriel, quien golpea con una de sus alas la cabeza de Adán, quedando su estatura reducida a sesenta codos. La aparición de la barba –otra de las consecuen-

---

\* La primera parte de este trabajo se publicó en esta Revista en el volumen XXIX-XXX (1980-81), fasc. 1º, 35-52.

cias del pecado— produce sorpresa y miedo en Adán; pero Dios lo tranquiliza diciendo que es el signo de distinción del macho respecto de la hembra<sup>1</sup>.

Al darse cuenta Adán de todo lo que había perdido, estuvo llorando durante cien años y permaneció otros tantos sin levantar la cabeza al cielo por miedo de su Señor<sup>2</sup>. Según nos refiere al-Kisāʿī, lo consoló la langosta, animal que había sido hecho con el barro sobrante después de la creación de Adán<sup>3</sup>. Dios aceptó de nuevo su arrepentimiento, enseñándole Gabriel, por orden suya, unas palabras que, según Kaʿb, fueron las pronunciadas por Jonás en el vientre de la ballena: “No hay más Dios que Al-lāh”<sup>4</sup>. Entonces Gabriel golpea con sus alas la tierra y brota una fuente de agua con un olor más intenso que el almizcle y más dulce que la miel<sup>5</sup>. Adán se lava en ella y queda purificado de su pecado y su tristeza.

También aceptó Dios el arrepentimiento de Eva, que se había purificado en el mar, pero lloraba con nostalgia al encontrarse lejos de Adán. Sus lágrimas en el mar se convirtieron en perlas y corales. Una vez más, Dios va a consolarlos a través de Gabriel, comunicando a Adán que los reuniría en La Meca. Al oír esta promesa, el llanto de dolor se convirtió en alegría y sus lágrimas se deslizaron por la tierra originando el nacimiento de diversas plantas, como el narciso y otras semejantes<sup>7</sup>.

De esta manera encontramos a Adán acompañado y dirigido por Gabriel camino de la Casa Sagrada, donde hoy se halla La Meca. Era una casa de rubíes<sup>8</sup> que Dios le había enviado desde el paraíso junto con la piedra negra, que antes era blanca y brillante. Esta piedra fue colocada dentro de la Casa, y cualquiera que la mirara desde una distancia de diez parasangas veía que su luz se elevaba hasta el cielo, mientras la piedra blanca brillaba en medio de esta luz<sup>9</sup>. A lo largo del camino, donde Adán ponía su

<sup>1</sup> Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 27; al-Balji, *Badʿ*, II, 99; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 37; al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 53; Ṭabarī, *Chronique*, I, 84.

<sup>2</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 53; el mismo texto de al-Kisāʿī señala que lloró durante trescientos años, p. 53, al igual que Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 28; Ṭabarī, *Chronique*, I, 82, indica cien; según Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, doscientos, y estuvo sin comer ni beber cuarenta.

<sup>3</sup> *Qiṣaṣ*, 54.

<sup>4</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 55.

<sup>5</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 57.

<sup>7</sup> Ṭabarī, *Chronique*, I, 83. Otros textos afirman que cuando Adán bajó a la India tenía sobre su cabeza una corona del árbol del paraíso, la cual se secó al llegar a la tierra, cayendo paulatinamente sus hojas y brotando de ellas las diferentes clases de perfume que hay en la India. Cf. Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 29, y Masʿūdī, *Les prairies*, I, 60-61.

<sup>8</sup> Ibn al-Aṭīr en *al-Kāmil*, I, 40, indica que era de un solo jacinto; Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 28, dice: “de un solo jacinto, que colocó en el sitio de la Casa que tenía dos puertas: oriental y occidental.

pie nacían árboles, flores, etc., a la vez que el espacio existente entre sus talones quedaba desierto; y así hasta llegar a La Meca, siendo ésta la primera aldea que se construyó y la Ka'ba la primera casa<sup>10</sup>.

Al mismo tiempo, Eva continuaba sentada a orillas del mar, entristecida porque no tenía noticias de Adán; entonces se le apareció un ángel que le dijo: “Coge tu ropa, vete y entra en el lugar sacrosanto”<sup>11</sup>. Le dió una túnica y una toca del paraíso y entró en el lugar sacrosanto por la parte oriental de La Meca el viernes del mes de Muḥarram, llorando por la pérdida de su belleza y hermosura. Este ángel la había dejado en la montaña de al-Murwà, así llamada porque se sentó la mujer sobre ella. Entró al lugar sacrosanto siete días antes que Adán, quien había penetrado por el Occidente y se había dirigido a la montaña de Şafâ<sup>12</sup>. Aquí hallamos el origen de la peregrinación; desde ese día, La Meca fue declarada por Dios ciudad Sagrada<sup>13</sup>.

Los ritos de la peregrinación fueron enseñados a Adán por Gabriel, quien le puso el vestido de penitente, lo cogió de la mano, le dio siete vueltas alrededor de la Casa y le aconsejó que la frecuentara<sup>14</sup>; a partir de entonces, Adán hizo desde la India cuarenta peregrinaciones a pie<sup>15</sup> y su paso equivalía a la distancia de tres días<sup>16</sup>.

Por lo que respecta a Eva, uno de los castigos más significativos –como ya se ha indicado–, fue la menstruación. Ante la pena de Eva por este mal y su miedo y temor al ver fluir la sangre, será consolada por Adán, que le prohíbe entonces la oración durante esos días<sup>17</sup>.

<sup>9</sup> Ṭabarī, *Chronique*, I, 84-85; al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 57; en cambio, en *al-Kāmil* de Ibn al-Aṭīr, se recoge que Dios mandó a Adán que le construyera una casa y le envió a un ángel para que partiera con él hacia La Meca. La casa la edificó de cinco montañas: Sináí, Zaytūn, Lubnān, al-Ŷūdī, siendo sus bases de Ḥirā'?, p. 38. Esto mismo se recoge también en Ibn Sa'd, *Ṭabaqāt*, I, 38.

<sup>10</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 37; al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 57-58.

<sup>11</sup> Al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 57-58.

<sup>12</sup> Al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 57.

<sup>13</sup> Nombre de una colina de La Meca. Para más detalles, puede verse la palabra *Şafâ*, en EI., IV, 53 (B. Joel).

<sup>14</sup> Al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 60.

<sup>15</sup> Al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 61; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 38; Ṭabarī, *Chronique*, I, 85.

<sup>16</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 38.

<sup>17</sup> Ṭa'labī, *Qiṣaṣ*, 28.

<sup>18</sup> Al-Kisā'ī, *Qiṣaṣ*, 62.

Cuentan los tradicionalistas que Adán y Eva estuvieron separados durante cien años<sup>18</sup>. El proceso de su unión definitiva tiene tres fases: en la primera se aproximan en *al-Muzdalifa* (“La aproximada”), nombre que recibió dicha montaña; la segunda fue el encuentro en *Arafat* (“El conocimiento”), conservando igualmente el orónimo correspondiente; por último, se reunieron en *Yama*<sup>c</sup> subsistiendo, como testimonio, la ciudad del mismo nombre<sup>19</sup>. Una vez reunidos, no olvidaron la recomendación de Gabriel: fueron al lugar sagrado de La Meca, realizaron la procesión en torno a la Casa Sagrada, permanecieron allí tres días e inmolaron ovejas<sup>20</sup>.

Al reanudar la convivencia diaria, tras su encuentro, comienza para ellos la serie de fatigas y penalidades que serán heredadas por sus descendientes. En primer lugar han de enfrentarse con el cambio de atmósfera, por no hallarse habituados al clima terrestre y debido a su “semi-desnudez”, ya que habían bajado a la tierra simplemente recubiertos con las hojas cosidas en el paraíso; entonces elevan sus quejas a Gabriel. La mayoría de los textos consultados nos refieren que Gabriel ordenó a Adán, por mandato de Dios, que degollara un carnero de las ocho parejas que Dios había hecho bajar del paraíso para que se cubrieran con su lana. Adán degolló un carnero, comió su carne, esquiló su lana –con unas tijeras que previamente había hecho– y la hiló, tejiendo un jubón para él y un camión y una toca para Eva<sup>21</sup>. No obstante abrigarse con tales prendas, lloraban y se lamentaban por los vestidos del paraíso que habían perdido, vestidos de brocado, en contraste con los de lana que ahora tenían que ponerse<sup>22</sup>.

En segundo lugar sufrieron hambre, hambre que describió Adán a Gabriel con las siguientes palabras: “Observé en mí una intranquilidad y una agitación que no encuentro manera de desecharlas, pues en verdad siento entre mi carne y mi piel como una hormiga. Le contestó Gabriel: eso se llama hambre. Entonces dijo Adán: ¿Cómo me libero de eso? Le contestó: Yo te lo indicaré”<sup>23</sup>.

<sup>18</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 28.

<sup>19</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 26; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 37; Ibn Sa‘d, *Ṭabaqāt*, I, 40.

<sup>20</sup> Ṭabarī, *Chronique*, I, 86.

<sup>21</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 29; Ibn Sa‘d, *Ṭabaqāt*, I, 36; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 37; este último recoge en la página 38 que Dios envió un ángel para que les enseñara a vestirse con piel del carnero. Al-Kisā‘ī, en *Qiṣaṣ*, 63, dice que fueron dos jubones, uno para cada uno.

<sup>22</sup> Al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 64.

<sup>23</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 30.

Finalmente, la pena del trabajo queda refleja cuando, para que pudieran comer y saciar su hambre, Gabriel le presenta dos toros rojos, el yunque, el martillo, el fuelle y dos ganchos<sup>24</sup>, juntamente con una chispa de fuego del infierno que lavó siete veces en el mar antes de entregársela a Adán. En el texto de *Ṭaʿlabī* se narra la conversación que mantienen Adán y el fuego. Este le dice: “Oh Adán, ciertamente yo no te obedezco, pues seré el vengador de los desobedientes entre tus hijos el día del Juicio Final. Gabriel dijo a Adán: El fuego no te obedecerá, pero retenlo para tí y tus hijos a fin de que saquéis de él provecho”<sup>25</sup>. Entonces Adán lo aprisionó en la piedra y en el hierro<sup>26</sup>.

Sin duda, en el párrafo anterior se está indicando el trabajo y las herramientas con las que ha de realizarse ese trabajo, centrado en el cultivo de la tierra y las actividades agrarias. Y así Gabriel le enseñó la técnica del hierro y la agricultura. Con los utensilios que le mostró, hizo Adán un arado y, enganchándolo a los toros, labró la tierra y la sembró del trigo que le había traído el ángel<sup>27</sup> en una bolsa<sup>28</sup>. El trigo maduró al instante<sup>29</sup> y Adán, enseñado siempre por Gabriel, lo segó, trilló, aventó, molió –con dos piedras traídas por Gabriel<sup>30</sup>,– cernió la harina, lo amasó, encendió fuego en un hoyo, coció el pan y, cuando se enfrió, lo comió, apareciendo ya cansado y fatigado a consecuencia de semejante trabajo<sup>31</sup>.

Después tuvo sed y Gabriel le dió un azadón para que cavase la tierra y obtuviera agua, agua más fría que la nieve y más dulce que la miel. Consecuencias de la comida y la bebida fueron las necesidades fisiológicas, que

<sup>24</sup> *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 29, Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, 38-39. Este último añade, además, que se trajo el bastón de Moisés. Al-Kisāʿī, *Qīṣaṣ*, 62, dice que bajó dos toros del Firdaws y hierro. Ibn Saʿd, *Ṭabaqāt*, 35: “bajó con mirto del paraíso la piedra negra –que era blanca–, el bastón de Moisés y un trozo de hierro para cortar los árboles”.

<sup>25</sup> *Qīṣaṣ*, 30.

<sup>26</sup> Golpeó la piedra y el hierro y salió fuego. Cf. Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 39.

<sup>27</sup> La mayoría de los textos utilizados afirman que le trajo la semilla Gabriel; pero en al-Kisāʿī, *Qīṣaṣ*, 64, se indica que fue Miguel el encargado de las provisiones. Sobre esto puede verse mi artículo “*La angelología*”, citado en la nota 69.

<sup>28</sup> *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 30; al-Kisāʿī, *Qīṣaṣ*, 62, refiere que Gabriel vino con una semilla del tamaño de un avestruz, y en la p. 65 añade que esta semilla fue creciendo hasta la época de Idrīs, pero que luego fue disminuyendo hasta la época de Jesús, quedándose como es ahora. Cuentan que los toros lloraron por haber salido Adán y Eva del Paraíso y de sus lágrimas borrarón los garbanzos, las lentejas, etc. Cf. *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 30.

<sup>29</sup> *Ṭabarī*, *Chronique*, I, 83.

<sup>30</sup> *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 31; en *Ṭabarī*, *Chronique*, I, 83, se refiere que Adán las cogió de la montaña.

<sup>31</sup> *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 30-31.

no podía realizar al no tener el cuerpo ningún orificio por donde pudiera evacuar el alimento. Entonces Gabriel pasó un ala sobre la parte inferior de la espalda de Adán y sobre su muslo para abrir un conducto a la comida y bebida<sup>32</sup>.

Cuando Dios hizo bajar a Adán del paraíso, lo abasteció con treinta clases de frutos: “diez con cáscara, diez con hueso y diez sin cáscara ni hueso. Los primeros son la nuez, la almendra, el pistacho, la avellana, la adormidera, la bellota, la nuez de la India, el pomelo, la granada y el plátano; los segundos, el melocotón, el albaricoque, la ciruela, la azufaifa, el melocotón del Yemen, los dátiles, el fruto de *ruellia guttata*, el fruto del loto, el níspero y el dátil de la palmera salvaje; los de la tercera clase son la manzana, el membrillo, la pera, las uvas, la mora, el higo, la naranja, la algarroba, el pepino y el melón”<sup>33</sup>. Adán sembró estos frutos y, según la tradición, los nuestros proceden de los que sacó Adán del paraíso.

También hizo descender Dios sobre Adán el primer libro, que estaba escrito en mil lenguas y tenía veintidos páginas, en las que se incluían los preceptos religiosos, tradiciones, leyes, noticias de este mundo, etc., sabiendo Adán lo que después ocurriría a su hijos. Dios le mandó que lo escribiera con la pluma en el pergamino sacado de la piel del carnero, y luego, escribió en él las veintiocho letras del alifato árabe, que fueron transmitidas como herencia a sus hijos<sup>34</sup>. Se dice que también fue el primero que acuñó dinares y dirhems.

No podía faltar en la vida de Adán el ayuno, y menos en el mes de Ramaḍān, mes en el que es necesario multiplicar la invocación y la alabanza. El día de la ruptura del ayuno se le dijo: Oh Adán, pide lo que quieras. El pidió que Dios le perdonara su falta y las de quienes ayunaran durante este mes<sup>35</sup>.

## 2. Descendencia de Adán y Eva

Encontramos serias dificultades para reconstruir la leyenda de los hijos de Adán y Eva, ya que no se muestran de acuerdo los tradicionalistas respecto al número de ellos ni al orden de su nacimiento. A los ya tradiciona-

<sup>32</sup> Ṭabarī, *Chronique*, 83-84. En los textos que utilicé para la realización del trabajo titulado *La creación de Adán según la tradición y la leyenda musulmanas* publicado en MEAH XX-VII-XXVIII (1978-79), 146, se afirma que Dios creó al hombre completo; pero aquí observamos que el hombre no fue formado completo desde el principio de su creación.

<sup>33</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 31; Mas‘ūdī, *Les prairies*, I, 61-62, dice que se trajo treinta ramas de estos árboles frutales y trigo.

<sup>34</sup> Al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 68-69; Ṭabarī, *Chronique*, I, 92, afirma que Gabriel enseñó a Adán las letras del alifato.

<sup>35</sup> Al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 69.

les nombres bíblicos de Caín, Abel y Set, hay que añadir los de Iqlimīa y Labūda, –hermanas gemelas de los dos primeros, respectivamente–, ‘Abd al-Ḥarīṭ, ‘Abd Allāh y Amat Allāh, ‘Abd al-Raḥmān y Amat Raḥmān, con un sinnúmero de parejas de las que no se citan sus nombres. Los textos refieren el motivo por el que Caín mató a Abel, la pena de Adán y Eva, y el combate de Set contra su hermano Caín, según le ordenó su padre antes de morir.

Adán cohabitó con Eva en la noche del viernes y quedó embarazada de dos gemelos: un varón y una hembra, pero abortó al octavo mes. Tuvo un segundo y tercer embarazos y le ocurrió lo mismo, hasta que en el cuarto se les presentó Iblīs, volviendo a utilizar la astucia ya empleada cuando los tentó en el paraíso, y les dijo: “Estoy muy afligido porque todos vuestros hijos mueren; ahora pienso que este niño que Eva lleva en su seno tendrá larga vida y será bello. Adán le respondió: Así lo espero. Iblīs dijo: Si las cosas suceden como deseamos, ¿tú me darás el niño? Adán respondió afirmativamente. Poco tiempo después, Eva tuvo un hijo hermoso y bien formado. Entonces Iblīs le dijo: No me he equivocado en mi presentimiento y este niño tendrá una larga vida. Ahora dale un nombre que lo distinga como mi servidor, a fin de que yo tenga parte en la posesión de tus hijos y éste nos pertenezca a ti y a mí. Adán llamó a este niño ‘Abd al-Ḥarīṭ, porque Iblīs, antes de que se rebelara contra Dios, llevaba el nombre de Ḥarīṭ”<sup>36</sup>.

Después se les presentó un ángel, con el permiso de Dios, y les dijo: ¿Por qué llamasteis a este recién nacido con tal nombre? Contestó Eva: para que viva. Le dijo entonces el ángel: ¿Por qué no lo llamasteis ‘Abd Allāh, ‘Abd al-Raḥmān o ‘Abd al-Raḥīm?. Se entristecieron por ello y al cabo de dos años murió ‘Abd al-Ḥarīṭ<sup>37</sup>.

Más tarde se quedó embarazada de un varón y una hembra y, cuando los dio a luz, los llamó ‘Abd Allāh y Amat Allāh; luego tuvo a ‘Abd al-Raḥmān y a Amat al-Raḥmān<sup>38</sup>. Continuó así hasta que tuvo veinte partos y en cada uno un varón y una hembra<sup>39</sup>. Luego dio a luz a Caín y a su her-

<sup>36</sup> Ṭabarī, *Chronique*, I, 88.

<sup>37</sup> Ṭabarī, *Chronique*, I, 89, nos dice que después de ‘Abd al-Ḥarīṭ, nació Set.

<sup>38</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 45, invierte los términos y dice que primero tuvo a ‘Abd Allāh y Amat Allāh, a ‘Abd al-Raḥmān y Amat al-Raḥmān, y después a ‘Abd al-Ḥarīṭ.

<sup>39</sup> Al-Kisā’ī, *Qiṣaṣ*, 68.

mana gemela Iqlimīa, y después a Abel y a Labūda, también en un solo parto<sup>40</sup>.

Así continuaron hasta que tuvo ciento veinte embarazos, de cada uno de los cuales nacieron un varón y una hembra<sup>41</sup>.

Si los textos consultados son parcos al hablar de la mayoría de los hijos de Adán y Eva, no lo son tanto en lo que se refiere a Caín y Abel. A los cien años de habitar Adán y Eva la tierra, nació Caín y su gemela Iqlimīa, y más tarde Abel y su gemela Labūda<sup>42</sup>. Cuando fueron mayores, les contó Adán lo ocurrido en el paraíso, es decir, su desobediencia y su arrepentimiento<sup>43</sup>.

Como en aquel tiempo no había más mujeres que Eva, Iqlimīa y Labūda, Adán ordenó que se casara Caín con la hermana gemela de Abel, es decir, con Labūda, mientras Abel se casaría con Iqlimīa, la gemela de Caín<sup>44</sup>. Esta era bella, mientras que Labūda era fea; por ello, Caín no estuvo de acuerdo y aborreció a su hermano<sup>45</sup>.

Adán les dijo que no era lícito el matrimonio entre hermanos y les sugirió que hicieran una ofrenda, y aquel cuya ofrenda Dios aceptase, sería el más digno de casarse con Iqlimīa. Caín –que era labrador– le ofreció lo peor de su cosecha de trigo, mientras Abel –que era pastor– le ofreció el mejor de sus carneros<sup>46</sup>. A la ofrenda, que tuvo lugar en Mina<sup>47</sup>, los acompañó su padre. Dios envió un fuego blanco que consumió la ofrenda de Abel y dejó intacta la de Caín. Así, pues, la decisión divina fue que se casara Abel con Iqlimīa, hermana gemela de Caín. Este se irritó y, dominándole la soberbia, juró: “Te mataré para que no te cases con mi hermana, pues, al aceptar Dios tu ofrenda y no la mía, te casarías con mi bella hermana y yo me casaría con la tuya, que es horrenda, y la gente diría que tu

---

<sup>40</sup> En al-Kisā'ī, *Qīṣaṣ*, 68, encontramos los nombres de otros dos hijos de Adán y Eva: Sabūyah y Sandal, con sus gemelas. Algunos afirman que nació primero Abel. Cf. Mas'ūdī, *Les prairies*, I, 62.

<sup>41</sup> Al-Kisā'ī, *Qīṣaṣ*, 68.

<sup>42</sup> Muḥammad b. Ishāq dice que, antes de bajar Eva del paraíso, cohabitaron y se quedó embarazada de Caín y su gemela Iqlimīa, no teniendo molestias ni dolores. Cuando bajaron a la tierra cohabitaron y se quedó embarazada de Abel y su gemela Labūda, experimentando entonces molestias, dolores y enfermedad. Cf. Ṭa'labī, *Qīṣaṣ*, 34.

<sup>43</sup> Al-Kisā'ī, *Qīṣaṣ*, 72.

<sup>44</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 42.

<sup>45</sup> Caín no estaba de acuerdo, porque ellos habían sido engendrados en el paraíso y Abel y su hermana en la tierra. Cf. Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 42.

<sup>46</sup> Ibn al-Aṭīr *al-Kāmil*, I, 43, una vaca.

<sup>47</sup> Ibn Sa'd, *Ṭabaqāt*, 36, en Nawd.



eras mejor que yo y se enorgullecerían tus hijos sobre mis hijos<sup>48</sup>. Desde entonces buscó la ocasión de matarlo.

Los tradicionalistas discrepan con respecto a dónde y cuándo lo mató. La mayoría se inclina a que el hecho ocurrió en la montaña del Nawḍ<sup>49</sup>, cuando Abel estaba durmiendo<sup>50</sup>. En cambio, todos están de acuerdo en que cometió este horrendo crimen golpeándole en la cabeza con una piedra<sup>51</sup>.

Después de matarlo, se arrepintió; pero era ya demasiado tarde y Dios le interrogó: “Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?. Contestó: No sé, yo no soy su guardián. Dijo Dios: La voz de la sangre de tu hermano me llama desde la tierra y tu serás maldito en ella, porque abrirá su boca, absorbiendo la sangre de tu hermano y, aunque trabajes, no te seguirá dando su fruto hasta que seas temeroso en ella<sup>52</sup>. Entonces, temiendo la indignación de Adán, metió el cadáver en un saco, lo cargó sobre su espalda y se puso a recorrer el mundo, sin saber qué hacer con el cuerpo de su hermano. En ese momento, Dios inspiró a dos cuervos que combatieran delante de Caín: uno de ellos mató al otro e hizo un agujero con su pico en la tierra y lo sepultó; esto mismo hizo Caín con el cadáver de su hermano<sup>53</sup>. Después se fue con Iqlimīa, su gemela, al país del Yemen<sup>54</sup>.

Cuando murió, tenía Abel veinte años y su hermano veinticinco<sup>55</sup>; sus padres lloraron durante cuarenta días<sup>56</sup> la muerte de Abel, recitando Adán, con tal motivo, el siguiente poema<sup>57</sup>.

<sup>48</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 43; Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 35.

<sup>49</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 35; en esta misma página se recogen distintas opiniones: sendero de Hirā<sup>2</sup>, en la gran mezquita, en Baṣra, etc. Al-Mas‘ūdī, *Les prairies*, I, 64, en una llanura; en Damasco.

<sup>50</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 35; Ṭabarī, *Chronique*, I, 90; cuando estaba guardando el ganado. Cf. Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 43; cuando volvían del sacrificio a casa de su padre. Cf. Al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 72.

<sup>51</sup> Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 35; al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 72.

<sup>52</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 43.

<sup>53</sup> Ṭabarī, *Chronique*, I, 90; al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 72; Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 36; Ibn Ṭabaqāt, I, 37; Mas‘ūdī, *Les prairies*, I, 64. Se dice también que Adán salió en busca de ellos y encontró a Abel muerto y lo cargó sobre su cuello. Cf. al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 72-73.

<sup>54</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 44; Decourdemanche, *La légende d'Adam*, 379; Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 37, refiere que tuvo un hijo que lo mató.

<sup>55</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 44; Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 36.

<sup>56</sup> Al-Kisā‘ī, *Qiṣaṣ*, 83; en cambio Ibn al-‘Ibrī, *Ta‘rīj*, 8, indica cien años.

<sup>57</sup> Metro *Wāfir*, rima *ḥi*. Ṭa‘labī, *Qiṣaṣ*, 36; al-Mas‘ūdī, *Les prairies*, I, 65-66; Ṭabarī, *Chronique*, 90; estos dos últimos registran algunas variantes con respecto al primero.

Cambió el país y quienes lo habitaban,  
 y la superficie de la tierra, polvorienta, está horrenda;  
 cambió el gusto y el color de todo,  
 y rara es ya la sonrisa en el rostro bello.  
 Caín hizo gustar a Abel la muerte;  
 ¡Qué tristeza; se pidió el bueno!  
 ¿Qué me pasa que no vierto torrentes de lágrimas,  
 cuando Abel se encuentra ya en la tumba?  
 Apareció una llama emitiendo un gemido,  
 que a Abel y a Caín grita:  
 Sin delito fue asesinado el hijo del profeta  
 y mi corazón, por su muerte, está herido.  
 Tenemos un vecino maldito que no perece,  
 un enemigo que no muere, para quedarnos tranquilos.

Ofrecemos seguidamente un poema de Eva, recogido también en la misma obra<sup>58</sup>:

Deja de quejarte, pues ya murieron ambos  
 con una muerte ni feliz ni provechosa.  
 De nada sirve el llanto de las plañideras,  
 cuando el hombre ya está oculto en el sepulcro.  
 Tienes espíritu, deja de lado sus sentimientos,  
 pues ya no te conservarás eternamente joven.

Al oír Iblis estos versos, les respondió con estos otros:

Huye de este país y de quienes lo habitan;  
 el paraíso es ahora demasiado incómodo para tí;  
 allí moraste con Eva, tu esposa, en bienestar, y tu corazón  
 estaba al abrigo de los males de la vida;  
 pero mis artificios y astucias no cesaron  
 hasta que se te arrebataron estos bienes preciosos.  
 Si la piedad del Omnipotente no te protegiera,  
 un soplo bastaría para arrancarte del eterno paraíso<sup>59</sup>.

Atendiendo a la pena de Adán y Eva por la muerte de su hijo Abel, Dios les prometió un nuevo hijo, lo cual tuvo lugar a los cinco años de que Caín matara a Abel y cuando Adán contaba ya los ciento veinte<sup>60</sup>. A este hijo, que nació sólo, le llamaron Set, que quiere decir "Don de Dios".

<sup>58</sup> Metro *Wāfir*, rima *hi*. *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 36-37.

<sup>59</sup> Metro *Wāfir*, rima *hu*. *Ṭaʿlabī*, *Qīṣaṣ*, 37; al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 66.

<sup>60</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 47; al-Kisāʾī, *Qīṣaṣ* 73; Ṭabarī, *Chronique*, I, 92. Ibn Saʿd, *Ṭabaqāt*, 37, dice que Adán tenía ciento treinta años.

Adán le nombró su sucesor y le encomendó que combatiera a su hermano Caín<sup>61</sup>. Para cumplir esta misión, Set reunió a todos sus hijos, quienes, ayudados por los ángeles, emprendieron la marcha, acompañados por una columna de jacinto, que brillaba noche y día, y portando un estandarte blanco, cuyos extremos daban a Oriente y Occidente. Informado Caín de ello por Iblís, se entabló entre los hijos de Adán el primer combate, en el que Caín fue cogido prisionero y murió siendo infiel<sup>62</sup>.

Después de esto, Set empezó a construir ciudades, en las que elevaba un minarete con la siguiente inscripción: “No hay Dios sino Allāh, Adán es el amigo sincero de Dios y Mahoma es el amigo de Dios”<sup>63</sup>. Pobló este mundo con sus hijos, viviendo todos en armonía, armonía que Iblís envidió e intentó romper. Para ello, se disfrazó de bella mujer y trató de seducirlo; pero los ángeles lo evitaron. Murió a los novecientos veinte años, dejando como sucesor a su hijo Enoc<sup>64</sup>.

### 3. Muerte de Adán y Eva.

El tema de la muerte, que tanta importancia alcanzó en la Edad Media, está aquí bien reflejado, especialmente en el de al-Kisāʿī, donde es descrito en forma patética con objeto de infundir miedo y respeto a los musulmanes en orden a la vida de ultratumba. La mayoría de los textos se centran en ese “carnero” que la personifica y en los protagonistas, que, en este caso, son Adán y Eva. Relatan asimismo el testamento de Adán –que es la *Ṣahāda*–, la manera de amortajar a los muertos, el papel que desempeñan los ángeles en la hora de la muerte y el de su hijo Set, que es el encargado de transmitir todo eso a su descendencia.

Adán enfermó por espacio de once días<sup>65</sup> y durante este tiempo Dios le inspiró que había llegado la hora de la muerte y que hiciera testamento a favor de su hijo Set, el cual contaba entonces cuatrocientos años, testamento que debía permanecer oculto a Caín y a sus hijos a fin de que no lo mataran por envidia<sup>66</sup>.

<sup>61</sup> Al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 68.

<sup>62</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 80.

<sup>63</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 80.

<sup>64</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 80-81.

<sup>65</sup> Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 37; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 49.

<sup>66</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 74; Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 37; Ṭabarī, *Chronique*, I, 93; Al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 68-69.

Como Adán no conocía aún la muerte, Dios se la describió así: "... es más amarga que el veneno que mata, destruye la belleza del rostro (...) vuelve al cuerpo –como era– al centro de la tierra, y ésta come la grasa, la carne, la sangre, los huesos y cada una de sus partes, hasta que se vuelve arcilla, como era; así haré contigo, oh Adán, para que te vuelvas barró seco. Después te resucitaré, lo mismo que a tus descendientes, y os recompensaré según vuestras obras"<sup>67</sup>. Esta muerte la dará Dios a probar a las criaturas, pero es tan horrenda que todas la temerán, excepto Mahoma.

A propósito de la muerte, narran los textos una curiosa anécdota de Adán, cuando Dios le mostró su descendencia. Entre todos sus hijos había uno que tenía una luz más brillante que la de los demás: era David, al que Dios le había asignado sesenta años de vida. Pero Adán, que tenía mil, le ofreció cuarenta años de su vida para que completara los cien, quedándose él entonces con novecientos sesenta<sup>68</sup>. Así, pues, cuando le llegó la hora de la muerte, Adán decía que aún no había cumplido su plazo, pues le faltaban cuarenta años para morir, olvidándose del pacto hecho con Dios al dar cuarenta años de su vida a David.

Por orden de Dios, los arcángeles, es decir, Gabriel, Miguel, Isrāʿīl y Ezrael, el encargado de la muerte, se la muestran personificada en "un carnero abigarrado, que extendía sus alas donde se las ponía Dios, llenando el mundo con ellas. Unas alas las extendía para los ángeles, otras para los profetas, otras para los obedientes y otras para los infieles y los hipócritas (كذّاب). Las que extendía para los creyentes eran de diversas clases de perlas, mezcladas con la misericordia; y las que extendía para los demás (infieles) estaban mezcladas con la maldición y castigos diversos"<sup>69</sup>.

Tras la descripción de la muerte, los textos nos relatan el testamento de Adán a su hijo Set en estos términos: "Oh hijo, no abandones el mejor asidero, que es dar testimonio de que no hay dios sino el Dios único, y la creencia en Mahoma, señor de los primeros y los últimos, señor de los profetas y los enviados. Ciertamente yo vi esto escrito en los pabellones del Trono, en las puertas de los paraísos, en los estratos de los cielos y en las hojas del árbol Ṭūbā"<sup>70</sup>.

Adán le informa sobre toda su generación y se la muestra. Para este fin, Dios le dió un manta en un ataúd; la sacó, la extendió y le dio vida, sur-

<sup>67</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 73-74.

<sup>68</sup> Este relato se encuentra, con ligeras variantes, en al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 74; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 50-51; Ibn Saʿd, *Ṭabaqāt*, I, 28; Ṭabarī, *Chronique*, I, 93.

<sup>69</sup> Sobre esto puede verse mi artículo *Algunos aspectos de la angelología islámica, según Ṣiḥāb al-Dīn al-Aṣʿarī*, en MEAH, XXVI-XXVIII (1977-79), 423-431.

<sup>70</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 75-76.

giendo de ella figuras de profetas y faraones; el primero de los profetas era Set y el último Mahoma. Los profetas eran transportados en la espalda de Set y los faraones en la de Caín.

Después enrolló la manta y la metió de nuevo en el ataúd. Seguidamente cogió un puñado de los pelos de su barba y los colocó también en dicho ataúd, haciéndole saber que, mientras sus pelos sean negros, debe luchar contra sus enemigos, pero cuando sean blancos—ya sería centenario—ha de hacer testamento a favor de sus hijos buenos.

Sigue diciéndole Adán que morirá a la misma hora y día en que Dios lo creó, es decir, en viernes, y lo que debe hacer: observar cómo Gabriel y algunos ángeles lo lavan y lo amortajan para que lo enseñe a su descendencia y recibir el pésame. También le sugiere que combata a su hermano Caín, otorgándole Dios por ello el premio de los combatientes de la Guerra Santa y el triunfo sobre él. Finalmente, el jueves, y después de comer de la fruta, que le trajo un ángel llamado Nūrāyā ʿīl, le entregó su anillo y el ataúd<sup>71</sup>.

Para recibir a Adán, fue adornado el paraíso con estandartes y distintivos de la buena nueva y con imágenes de su hijo Abel. Los ángeles sacaron un trono grande para Adán y lo levantaron entre el cielo y la tierra, y el viernes, seis de abril<sup>72</sup>, a la misma hora en la que había sido creado, es decir, entre el mediodía y el momento de la salida del Imán de la oración, Dios le envió el ángel de la muerte con la bebida de la separación. Entonces hubo eclipse de sol y de luna durante seis días con sus respectivas noches y murió Adán, a los novecientos sesenta años de edad<sup>73</sup>. Set se colocó de pie en la puerta del monumento funerario esperando el pésame de los ángeles, como ya le había indicado su padre.

Dios envió a unos ángeles con bálsamos y una mortaja del paraíso y Gabriel fue el encargado de lavarlo, amortajarlo y enterrarlo<sup>74</sup>, enseñando a Set estos ritos, a la vez que le ordenaba encomendar el alma de su padre. Rezó treinta oraciones: cinco son las obligatorias y las veinticinco restantes estaban destinadas a manifestar la excelencia de Adán<sup>75</sup>. Después de él lo hicieron Gabriel, Miguel, Isrā ʿīl, todos los ángeles y, finalmente, los animales.

<sup>71</sup> Al-Kisāʿī, *Qiṣaṣ*, 77. Ibn Saʿ en *Ṭabaqāt*, I, 33, refiere que cuando volvió Set de pedir la fruta a los ángeles, ya el alma de Adán había abandonado su cuerpo. Según al-Balji en *Badʿ*, II, 100, comió dátiles.

<sup>72</sup> Al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 69.

<sup>73</sup> Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 37; en cambio, Ibn al-Aṭīr, en *al-Kāmil*, I, 51, recoge 936 años, igual que Ibn Saʿd en *Ṭabaqāt*, I, 39. Al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 69, 930; Decourdemanche, *La légende d'Adam chez les musulmans*, en "Revue de l'Histoire des religions" V (1882), 379, 970 años.

<sup>74</sup> Ṭabarī, *Chronique*, 94; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 51-52; Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 37.

<sup>75</sup> Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 38; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 52; Ibn Saʿd, *Ṭabaqāt*, I, 38; Ṭabarī, *Chronique*, I, 94.

Hay discrepancias respecto al lugar de su enterramiento, pues mientras unos afirman que fue en una cueva de la montaña de Abū Qubays, llamada el gran hueco o el Tesoro<sup>76</sup>, otros lo sitúan en Mina, en la mezquita de al-Jayf<sup>77</sup>, y en la montaña de Nawḍ en la India<sup>78</sup>.

Eva no estuvo presente en la muerte de Adán ni en el entierro, pero se sorprendió al ver el eclipse de sol y oír el llanto de los animales; pensó que le había ocurrido a Set lo mismo que anteriormente a Abel y corrió hacia el pabellón de Adán, donde, al no verlo, se puso a gritar. Su hijo Set se apresuró a consolarla y aconsejarle resignación, pues su padre había probado ya la bebida de la separación y había muerto, aunque él tenía orden de no informarle de su muerte hasta después de enterrarlo. Eva rasgó entonces su ropa, gritó, abofeteó su rostro y golpeó su pecho, dejando estos ritos en herencia a sus hijas<sup>79</sup>.

Permaneció junto a la tumba de su esposo cuarenta días sin comer, bajando después los ángeles para informarle que su fin estaba próximo. Al poco tiempo tuvo una gran enfermedad y descendió el ángel de la muerte para darle la misma bebida de separación que anteriormente ofreciera a Adán<sup>80</sup>; el óbito ocurría un año después de la muerte de su esposo<sup>81</sup>.

Sus hijas la lavaron y la amortajaron con una mortaja del paraíso<sup>82</sup>. Aunque en algunos textos se sitúa el lugar de su tumba en ʿYiddā<sup>83</sup>, otros lo suponen junto a la de Adán en la cueva de la montaña de Abū Qubays<sup>84</sup>; pero en lo que sí están de acuerdo la mayoría de ellos es en que Noé los sacó de sus respectivos lugares, los colocó en un ataúd y los llevó en el arca; cuando pasó al Diluvio, los enterró en Jerusalén<sup>85</sup>.

<sup>76</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 52; Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 37; Ṭabarī, *Chronique*, I, 94; al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 69; Decourdemanche, *La légende d'Adam*, 379.

<sup>77</sup> Al-Masʿūdī, *Les prairies*, I, 69.

<sup>78</sup> Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 38; Ibn Saʿd, *Ṭabaqāt*, 38.

<sup>79</sup> Al-Kisāʾī, *Qiṣaṣ*, 78-79.

<sup>80</sup> Al-Kisāʾī, *Qiṣaṣ*, 79.

<sup>81</sup> Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 38; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 51; Ṭabarī, *Chronique*, I, 94.

<sup>82</sup> Al-Kisāʾī, *Qiṣaṣ*, 79.

<sup>83</sup> Al-Kisāʾī, *Qiṣaṣ*, 79.

<sup>84</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, 51.

<sup>85</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 51; Ṭabarī, *Chronique*, I, 94.

<sup>82</sup> Al-Kisāʾī, *Qiṣaṣ*, 79.

<sup>83</sup> Al-Kisāʾī, *Qiṣaṣ*, 79.

<sup>84</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, 51.

<sup>85</sup> Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil*, I, 51; Ṭaʿlabī, *Qiṣaṣ*, 38; Ṭabarī, *Chronique*, I, 94.